

los relatos de calibre   38



Palabra de 45

© Pablo Hernández

El repiqueteo del teléfono interrumpió un sueño fantástico que estaba teniendo con dos camareras que había conocido esa noche en el Club 69. Asomé molesto la cabeza por encima de las sábanas y me incorporé, buscando a tientas la esfera de mi reloj de mesa. Eran las once de la mañana, una hora indecente para quien se ha pasado toda la noche de juerga. Gruñí antes de descolgar el teléfono y descubrir la voz de Cerebritito al otro lado de la línea.

—Espero que sea importante —bostecé.

—Sí, es importante —dijo—. Pero te costará cien pavos.

Cerebritito era mi confidente favorito. Le llamaban Cerebritito porque tenía una memoria fuera de lo normal. Gracias a esa capacidad había logrado sacarse tres carreras en la Universidad. Por qué seguía trabajando de soplón era un misterio para mí.

—Solo tengo cincuenta —mentí—. ¿Qué tienes?

—He dicho cien —insistió.

—De acuerdo, pero espero que sea realmente importante —dije—. Si no me interesa olvídate de la pasta.

—Vale, ahí va: ¿a que no te imaginas a quién acaban de encontrar en su apartamento con un agujerito en la cabeza?

Si hay algo que realmente me encanta son las adivinanzas a las once de la mañana.

—Por lo menos dame una pista —contesté de mala gana.

—Vale, sus iniciales son una «V» y una «L».

—De acuerdo, no es mucho lo que me ofreces, pero creo que me arriesgaré: ¿Veronica Lake?

Se oyó una gran carcajada al otro lado de la línea.

—Fallaste —señaló alegremente—. ¿Quieres volver a intentarlo?

Colgué tranquilamente el aparato y traté de retomar el sueño que estaba teniendo con las camareras. Pero el teléfono volvió a repiquetear inmediatamente después.

—Valentina Lima —dijo en cuanto lo descolgué de nuevo—. Creí que te gustaría saberlo.

El corazón se me detuvo durante un segundo. Yo me había acostado muchas veces con Valentina. Ella había trabajado de fulana en el Kiss Club, el local donde me empleé hace años como *machaca* antes de convertirme en el detective privado más odiado de la ciudad. Por aquel entonces éramos casi unos críos, ella tenía diecisiete y yo treinta y seis. Lo último que supe de ella es que

había cambiado el negocio nocturno por un tipo rico y ahora vivía en un pisito con vistas a la Ciudad de las Artes y las Ciencias.

Colgué el aparato violentamente y me incorporé de un salto. Me sentía lleno de ira. Puede que Valentina hubiera sido una puta, pero fue la única mujer con la que fui sincero en todo momento. Lo único que le oculté fue mi nombre. Le dije que me llamaba Pierre para que no me rastreara en caso de que se produjeran irregularidades importantes en su ciclo menstrual.

Me puse los pantalones, las zapatillas y la pistola, y bajé las escaleras de dos en dos. Desde mi iglú de Ruzafa, si eres Fernando Alonso, puedes plantarte en la Ciudad de las Artes y las Ciencias en cuatro minutos y medio.

Yo lo hice en menos de dos.

Entré en el edificio y me dirigí al ascensor. Un agente uniformado se hallaba frente al aparato montando guardia. Me miró un segundo y me dejó estar. Pero a la salida del ascensor me topé con otro mucho menos amistoso.

—Lo siento —dijo—, pero no se permite la entrada a nadie. Se ha producido un asesinato.

—Trata de impedírmelo —respondí— y te meteré esa porra por el culo hasta que te corras.

La idea debió de gustarle mucho, porque rápidamente echó mano de la porra. Pero entonces apareció el subinspector Honoria, y al verme a punto estuvo de derramársele el vasito de plástico humeante que sostenía.

—¿Qué cojones haces tú aquí, Folgado?

—Si el cuerpo es el de una chica llamada Valentina Lima alguien acaba de perder su futuro.

—¿De qué diablos hablas?

—La chica —dije—. ¿Es Valentina Lima?

—¿Quién te lo ha dicho?

—Esa chica era amiga mía.

—¿En serio?

—Fue la única mujer con la que fui sincero en todo momento —expliqué sin entrar en detalles.

Honoria no era de los que saltan el reglamento a la ligera, pero debió de comprender que de nada hubiera servido negarme la entrada.

—De acuerdo, entra. Pero estoy seguro de que acabaré arrepintiéndome.

Se trataba de un apartamento espacioso y muy peculiar, sobre todo el salón, que parecía una especie de Museo Taurino, con cabezas disecadas de toros por todas partes y el ojo de Padilla en

plan estrella dentro de un frasco de cristal. En el centro de la estancia había una enorme mesa de billar, y detrás de esta, dos especialistas de la Policía Científica sacaban fotografías del cadáver y limpiaban el polvo en busca de huellas.

Rodeé la mesa y me agaché junto al cadáver de Valentina, todavía sin terminar de asimilar que aquella chica que yacía envuelta en un albornoz rosa hubiera sido la responsable de algunos de los momentos más lujuriosos de mi existencia.

Adelanté la mano y aparté el albornoz más de lo necesario. Pero es que ver de nuevo desnudo ese cuerpo celestial, incluso en ausencia de vida, me inundaba de buenos recuerdos, y yo quería echarle un buen vistazo por última vez antes de que la metieran en la nevera. No cabía duda, Dios había realizado un excelente trabajo diseñando un cuerpo así. Cuerpo, por cierto, que no presentaba señales de violencia, excepto por la perfecta perforación que la bala, al entrar, había practicado entre las cejas.

No era el primer fiambre que veía, y supuse que llevaría dos o tres horas muerta.

Cubrí de nuevo a Valentina y me puse en pie.

—¿Qué coño ha pasado?

—Una de esas píldoras del 38 —dijo Honoria, y me mostró una bolsa de plástico con cierre hermético. Dentro de la bolsa había un casquillo con el familiar logotipo de la marca Star

inscrito en su base plana—. A quemarropa.

—Quiero todos los detalles —ordené.

Honorio me contó todo lo que sabía hasta el momento presente. Poco después de las diez habían recibido una llamada anunciando la muerte de Valentina. El responsable de la llamada fue un vecino holandés llamado Van Dick, quien descubrió el cadáver cuando se disponía a presentar una queja por escándalo musical. En el bolso de Valentina habían encontrado una nota mecanografiada en la que se decía lo siguiente: “*Diez mil es el precio. O pagas o se sabrá todo*”. Aparte de eso, habría que esperar al informe del forense, quien dictaminaría la hora de la muerte.

—¿Nadie oyó el disparo?

—Hasta donde sabemos, no. Probablemente se usó un silenciador, aunque la música podría haber disimulado la detonación.

—¿Qué hay del marido?

—Supongo que te refieres al señor Roselló. No estaban casados. De cualquier forma le he mandado llamar. Debe de estar al llegar.

—Y supongo que todavía no has interrogado al tal Van Dick.

—No, y supongo que no serviría de nada decirte que no

puedes acompañarme, ¿verdad?

No fue necesaria la respuesta.

Encontramos a Van Dick detrás de un escritorio lo suficientemente grande como para tumbarse sobre él con la rubia favorita y no caerse. Sobre el escritorio yacía un cenicero repleto de colillas, aunque en ese momento no estaba fumando. Al vernos entrar se puso en pie y nos tendió la mano. Era un hombre bajito y gordo, y tenía la piel de un húmedo tono rosado.

—Permítame que me presente: soy el subinspector Honoria, y este es el señor Folgado, quien conocía a la víctima personalmente.

—Fue la única mujer con la que fui sincero en todo momento —dije secamente.

Después de las presentaciones, Honoria empezó el interrogatorio con la sagacidad que le caracterizaba.

—Usted descubrió el cuerpo de Valentina Lima —dijo.

—Así es —afirmó Van Dick—. Ha sido una experiencia horrible. ¿Quién pudo cometer un acto tan atroz?

—Lo averiguaremos. Espero que su declaración nos ayude a encontrar al responsable.

—Me temo que no sea de gran ayuda —dijo—. No conocía

demasiado bien a la víctima.

—Eso no importa. ¿Puede hablarnos de lo que sucedió hace un rato?

—Es muy sencillo. Yo estaba aquí, en esta misma habitación. Había empezado mis ejercicios de relajación cuando empezó a sonar una música ensordecedora.

—¿Qué hora era?

—No estoy seguro. Pasaban de las diez, eso es seguro.

—¿Qué hizo usted?

—Esperé diez minutos para ver si cesaba la música, y al ver que eso no sucedía fui a protestar, naturalmente. Como imaginará, es totalmente imposible concentrarse con ese ruido.

—Y entonces descubrió el cuerpo de Valentina —dije.

—Así es. La puerta estaba abierta. Llamé, pero nadie me abrió. Así que al final me decidí a pasar... y descubrí el cuerpo. Fue horrible.

—¿Qué más?

—Nada más. Abandoné el apartamento, vine aquí y telefoneé a la Policía.

—Hizo bien —dijo Honoria—. ¿Vio usted a alguien al entrar o salir del apartamento de la víctima?

Van Dick negó con la cabeza.

—¿Estaba usted solo cuando empezó a molestarle la música?

—Sí. Mi esposa trabaja en el consulado holandés. Pasa prácticamente todo el día fuera.

—¿Escuchó algo raro aparte de la música?

—¿A qué se refiere?

—A un petardazo —subrayé yo—. ¿Qué si no?

—No, no escuché nada —dijo—. Aunque de todas formas hubiera sido difícil escuchar algo con esa música del demonio.

—¿Qué sabe de la pareja? —continuó Honoria—. ¿Se llevaban bien?

—¿Qué quiere decir?

—Si había jaleo entre ellos, gritos, insultos, golpes. Ya sabe.

—Bueno, solo sé lo que se dice por ahí.

—¿Y qué se dice por ahí?

Van Dick miró hacia la puerta en una actitud que parecía invitarnos a algún tipo de conspiración.

—Que a ella le iba la bebida y el juego —dijo casi susurrando—, y también los hombres.

Saqué un cigarrillo y reflexioné mientras lo prendía. Yo era culpable de lo primero y de lo segundo, aunque no de lo último.

—¿Vio usted alguna vez a alguno de estos hombres o se basa solo

en rumores?

—Bueno, sí. Había un hombre al que vi un par de veces por casualidad.

—¿Con la señora Lima?

—No, entrando en su apartamento. Lo raro es que entró sin llamar. Creo que tenía una llave.

—¿Lo conoce usted?

—No, claro que no.

—¿Pero podría identificarlo si lo viera de nuevo?

—Creo que sí —repuso.

—¿Qué aspecto tenía?

—Era rubio y grandote. Tenía buena presencia, sí. Pero me temo que eso es todo lo que puedo decirles. —Hizo una pausa. Luego añadió—: Escuchen, no soy nadie para juzgar a otros, pero he decir que en cierto modo no me sorprende lo que le ha ocurrido. Esa chica llevaba una mala vida.

Tiré la colilla al suelo y la pisé con la punta de la zapatilla. Puede que Valentina no hubiese sido una hermanita de la caridad, pero era joven y atractiva, y Roselló un pobre adefesio con más billetes que atractivo sexual. Es ley de vida.

En ese momento llamaron a la puerta y la abrieron. Uno de los policías que había visto en el pasillo asomó la cabeza y anunció:

—El señor Roselló acaba de llegar.

—Gracias —dijo Honoria, y se volvió hacia el holandés—. Señor Van Dick, creo que eso es todo. Nos ha sido usted de gran ayuda.

—Estoy a su entera disposición —se ofreció, y nos acompañó hasta la puerta, donde volvimos a estrecharnos las manos.

De vuelta a la escena del crimen nos topamos con el forense, que en ese momento se marchaba al Instituto de Medicina Legal con el cadáver para practicarle la autopsia. Al vernos intercambiamos saludos y nos prometió informarnos en cuanto obtuviera los resultados. Después pasamos al salón, donde encontramos a Roselló sentado plácidamente en un sofá del salón, con una copa de coñac en la mano, justo debajo de una enorme cabeza de toro provista de largos cuernos, que sin duda se correspondían a los cuernos que Valentina le había estado poniendo durante todos estos años. En cuanto a él, se trataba de un hombre alto, sólido y de unos cincuenta años, con el pelo mechado de gris y la cara prolijamente afeitada. Su traje de El Corte Inglés podría haber puesto verde de envidia a George Clooney, aunque a mí eso me la traía floja porque había algo en su expresión que me hacía desconfiar. ¿Indiferencia? ¿Satisfacción oculta? Lo que era seguro es que estaba muy al corriente de los escarceos amorosos de Valentina.

—Si me han informado bien, usted es Benito Roselló —dijo

Honorio estrechándole la mano—. Soy el subinspector Honorio, y este señor que me acompaña es Vicente Folgado. El señor Folgado conocía personalmente a Valentina.

—¿En serio? —arrugó la frente.

—Fue la única mujer con la que fui sincero en todo momento —confirmé.

—No me sorprende —dijo—. Tengo la sensación de que Valentina conocía a muchos hombres.

Mientras pronunciaba estas palabras Benito Roselló permaneció sentado con los ojos fijos en mí, y en nadie más.

—¿Qué quiere decir?

—Por favor, subinspector, no sea usted ingenuo. Valentina no era ninguna hermanita de la caridad, como ya le habrán informado.

Sonreí.

—Precisamente es en lo que estaba pensando hace solo unos minutos —comenté—. Pero Valentina era joven y atractiva, y usted solo es un pobre adefesio con más billetes que atractivo sexual. Es ley de vida, colega.

Supuse que en ese momento Roselló saltaría sobre mí y yo me vería obligado a agarrarle del pelo y golpearle la cabeza contra el suelo, solo para defenderme. Pero me equivoqué. Había algo dentro de aquel hombre que no era normal.

—De cualquier forma —señaló Honoria extrayendo la nota de uno de sus bolsillos—, a ninguna mujer la asesinan por unos cuantos escarceos amorosos. Parece que alguien le hacía chantaje.

Le entregó la nota. Roselló la cogió y buscó algo en el interior de su americana. Luego sacó unas gafas, se las puso y le echó un vistazo a la nota.

—¿Le sorprende? —preguntó Honoria.

—En absoluto. Valentina estaba enamorada, pero no de mí, sino de mi dinero. No quería abandonarme porque temía perder su estatus. Alguien lo supo y decidió sacar tajada. Ya le he dicho que Valentina tenía muchos amigos.

—¿Y conoce usted a esos amigos?

Roselló esbozó una sonrisa torcida.

—Valentina no era tonta. Sabía que si la veía con otro hombre podía despedirse de mí y de esta casa.

Suspiré. A mí el papelito de novio despechado me empezaba a cansar.

—Ya, bueno —le dije—, quizá sería conveniente que nos dejáramos de cháchara absurda y fuéramos al grano. A ver, ¿a qué hora se marchó usted de casa?

—¿Qué insinúa?

—Yo no insinúo nada, mameluco. Me limito a hacer preguntas.

Sus ojos se iluminaron de repente, como si la posibilidad de una pelea le excitara.

—Escúcheme, payaso —me dijo clavándome el dedo en el pecho—. No se pase de listo conmigo, ¿entiende?

—Le pido disculpas —intercedió Honoria—. Pero solo se trata de una pregunta de rutina.

Miró a Honoria, y luego dijo:

—Salí de casa poco después de las ocho.

—¿A qué hora comienza su turno?

—No tengo ningún turno, soy representante taurino y solo me debo a mis clientes. Y estaba en mi oficina antes de las nueve, si es lo que les interesa saber.

—¿Puede demostrarlo?

—Por supuesto que puedo. Media docena de personas pueden confirmarlo. Les pondré en contacto con todas ellas si es necesario.

Este punto era muy importante, porque el forense podía establecer la hora de la muerte de Valentina por la temperatura del cuerpo. Un cuerpo vivo tiene una temperatura de 37°C. Después de morir se va enfriando 1°C por hora hasta adquirir la temperatura ambiente. Un simple cálculo indicaría si Roselló tenía coartada o no la tenía. Aunque siempre había que ser cautelosos con los

resultados del forense. Un asesino listo podía conocer modos de mantener caliente un cadáver para que el crimen pareciese cometido en un momento que no se correspondiera con la realidad.

—Se lo agradeceríamos —dijo Honoria, y se puso en pie—. Señor Roselló, hemos terminado. Lamento lo sucedido y le prometo que haremos lo posible por encontrar al asesino de Valentina.

Mientras se estrechaban las manos salí del apartamento y me enchufé un Lucky. Hacía por lo menos veinte minutos que se habían llevado el cuerpo de Valentina, la única mujer con la que fui sincero en todo momento, y yo no tenía ninguna pista con la que empezar a moverme.

Honoria salió y me puso una mano en el hombro.

—Mira, Vicente —dijo—, te prometo mantenerte informado en todo lo que averigüe. Mientras, echa un vistazo por ahí si quieres, y mira qué puedes averiguar. Aunque te advierto que no será fácil.

—Quizá para la Policía —dije—. Pero hay cosas que la Policía no puede hacer. Como por ejemplo retorcerle el brazo al que no quiere hablar o saltarle los dientes con la culata de la pistola a un testigo.

Contrajo la mandíbula.

—Ándate con ojo —me advirtió seriamente—. No haré la vista gorda contigo solo porque seamos amigos.

No respondí. En mi mente solo fluía una idea: apuntar y disparar. Todo lo demás carecía de importancia.

Atravesé el pasillo y tomé el ascensor. Mientras me hacía bajar pensé detenidamente en el asunto. Valentina había tenido un lío, alguien lo había descubierto y tenido la fantástica idea de sacarle pasta a cambio de su silencio.

En la calle arrojé la colilla al suelo, y entonces oí un siseo a mi espalda. Me giré y vi a Cerebritito apoyado contra la pared, mirando nerviosamente en todas direcciones mientras jugaba con una moneda.

—¿Era Valentina? —preguntó alegremente.

—Claro, ¿cómo te enteraste?

—Pasaba por aquí, vi jaleo y me puse a husmear. ¿Tienes mis cien pavos?

—Habíamos quedado en cincuenta —mentí—. Pero si quieres los cien se puede arreglar.

—¿Cómo?

—Diciéndome con quién se relacionaba Valentina —dije—. A Valentina se la ha cargado un chantajista que estaba al corriente de sus aventuras extramaritales. Dime con quién se acostaba y el

resto será coser y cantar.

—Lo siento, no dispongo de esa información. Pero puedo darte la dirección de alguien que puede saberlo.

—¿Quién?

Cerebritito sonrió astutamente.

—Primero apoquina mis cien pavos —dijo—. Luego la información.

Saqué una *lechuga* de mi cartera y se la entregué. Por una vez en la vida andaba con algo de pasta. Y todo se lo debía mi último cliente, por el cual había sido contratado para recuperar el anillo de bodas perdido en una casa de putas. Y lo hice, solo que antes de entregárselo y cobrar los mil quinientos acordados se me ocurrió decirle que la puta exigía cinco mil o correría a contárselo todo a su esposa. Para reforzar la historia le dije que muchas fulanas disponían de detectives privados de la peor calaña que seguían a los clientes a la salida de los locales y averiguaban nombres, direcciones, números de teléfonos y cosas peores para después chantajearles.

Pagó los cinco mil y quinientos más a modo de prima extra.

—Prueba con Natacha —me dijo con voz de conspirador—. Era íntima de Valentina.

—¿Natacha?

—Sí, es lo que he dicho. ¿La conoces?

Natacha era una rusa tremenda con la que había intentado acostarme una vez en una casa de citas hoy desaparecida. El problema fue que cobraba unos precios prohibitivos, y al final terminé enrollándome con una ecuatoriana con aspecto de eslabón perdido, por menos de la mitad de lo que pedía la rusa.

—¿Dónde está ahora?

Cerebritito sacó una hoja del bolsillo, escribió la dirección, me la entregó y se alejó silbando calle abajo.

Fui a la dirección indicada, un pisito discreto de la calle Castellón, y hablé con la *madame*, cuyas caderas tenían la suficiente anchura como para dar a luz quintillizos sin ayuda.

—Lo siento, nene —dijo—, pero Natacha se encuentra descansando en su habitación y no se la puede molestar. Si quiere hablar con ella tendrá que esperar a esta noche, como todos.

Sentí ganas de agarrarla de la pernera y dejarle la cara como un Picasso. Pero Vicente Folgado no pega a mujeres... siempre que puede evitarlo.

—Veinte pavos —le enseñé el billete— si me dices el número de la habitación.

Me miró, miró el billete y luego miró a ambos lados del

local. Estábamos solos, salvo por dos fulanas raquíticas recostadas en un sofá que sujetaban teléfonos móviles y acariciaban la pantalla con sus huesudos dedos. Tomó el billete y lo hizo desaparecer con una habilidad que habría levantado las cejas a David Copperfield.

—Segunda habitación a la derecha —murmuró entre dientes.

Encontré a Natacha sobre la cama, pasándose un lápiz labial por los morros mientras se contemplaba en un espejito de mano. Solo llevaba puesto una blusita color frambuesa enloquecida.

Para quienes no la conozcan personalmente aclarar que se trata de una rubia alta y delgada como una modelo, con un par de firmes tetas y piernas bien torneadas. Puede que al lector no le vaya este tipo de mujer. Si es así abandone inmediatamente este relato y replantéese su vida.

—¿Quién demonios es usted?

—Vicente Folgado —dije, y le mostré la Tarjeta de Identificación Profesional expedida por el Ministerio del Interior.

—No hago descuentos por eso —dijo.

—Es una lástima, pero solo he venido porque quiero realizarle algunas preguntas con relación a Valentina Lima.

—¿Valentina? ¿Y por qué no habla con ella?

—Lo siento, pastelito, pero no poseo la facultad de hablar con los muertos, y dudo mucho que alguien la posea.

Por poco le da un soponcio. Si no llego a estar yo ahí para sujetarla se habría partido la cabeza contra la almohada. Para consolarla la abracé, la recosté sobre la colcha y permití que desahogara sus lágrimas en mi pecho. Entonces sentí su calor interior y me excité. Pero yo no estaba allí por eso y luché por controlar mis instintos.

—Sé lo que siente, también yo la conocía.

—¿En serio?

—Fue la única mujer con la que fui sincero en todo momento.

A partir de entonces mandó al garete su desconfianza inicial y se relajó.

—¿Quiere beber algo?

—Whisky —dije, y se deslizó entre mis brazos para desplazarse hasta un pequeño mueble bar situado junto al tocador. Al pasar frente a una lámpara descubrí que no llevaba nada más debajo de la blusita. Me entregó la copa y se tendió sobre la cama con la suya en la mano. Yo estaba sentado sobre el borde, una distancia apropiada para saltar sobre ella cuando lo creyera oportuno.

—No puedo creer que Valentina haya muerto —dijo—. La vi la semana pasada y se la veía muy bien. ¿Qué le ha pasado?

Le hablé del asesinato y la nota de chantaje.

—Entonces, ¿usted cree que la asesinó un chantajista?

—Es una posibilidad —dije—. Si logro averiguar con quién se veía puede que descubra quién le hacía chantaje. Puede que incluso se trate de la misma persona. ¿Conocía usted a sus amistades?

—Valentina tenía muchos amigos —dijo—. Algunos de la peor calaña.

—Doy fe de ello —dije—. ¿Con quién se veía últimamente?

Mientras Natacha atendía a mis preguntas, yo atendía sus piernas. Las de Halle Berry podían ser más largas y excitantes, pero no mucho más.

—Bueno —pareció meditar—... Le acabo de decir que la vi hace una semana.

—¿Y qué?

—Pues que cuando la vi no iba sola.

—¿Roselló?

—No, otro hombre. Un tipo que había estado en la cárcel. Muy atractivo, pero peligroso.

—¿Sabe su nombre?

—Se llamaba Leo. Hablé con ella por teléfono dos días después y me lo contó todo. Me dijo que Leo la estaba presionando para que

abandonase a Roselló y se casara con él. Ella le quería, estaba enamorada, pero Leo no tenía dinero y Valentina no quería renunciar a su forma de vida acomodada.

—¿Le dijo Valentina por qué Leo estuvo en la cárcel?

—Chantaje.

Casi me ahogo con el whisky que estaba tragando en ese momento.

—Eso aclara muchas cosas —señalé—. Lo más seguro es que Leo exigiera a Valentina que abandonase a Roselló, pero Valentina se negó y Leo, resentido, recurrió al chantaje. ¿Sabe dónde puedo encontrarlo?

—No. Pero si lo encuentra tenga mucho cuidado. Ya le he dicho que es muy peligroso.

—Ser peligroso no le servirá para cortarle el paso a una bala.

Para cuando dije aquello estaba muy cerca de ella. Me lanzó una sonrisilla y supe que era el momento.

Dejé mi vaso, le quité el suyo de la mano y lo vacié de un trago. Y a continuación caí sobre ella.

A Natacha la maniobra la cogió por sorpresa. Su primera reacción fue de rechazo, pero yo no me amilané. Le arreé dos bofetones y cuando volví a caer sobre ella la resistencia fue menor. Rodamos por la cama, le rasgué la blusita y sus dos pechos juntos y

voluminosos prendieron mi fuego interior como una antorcha de acetileno.

Repasamos todos los capítulos del *Kama Sutra*, más otros que inventamos sobre la marcha.

Cuando terminamos estaba exhausto. Ella, en cambio, me contemplaba como si se acabara de acostar con una combinación de Hugh Jackman y el primer James Bond.

Me incorporé y empecé a vestirme. Ella agarró mi pitillera, todavía desnuda sobre la cama, encendió dos cigarrillos y me pasó uno.

—¿A dónde irá ahora?

—A buscar a Leo —dije.

—¿Me llamará?

—Claro, palomita. Pasaré a recogerla un día de estos y la llevaré a la playa.

—¿A la playa? Entonces tendré que comprar un traje de baño.

—No es necesario. Iremos de noche. Nadie nos molestará.

Volvimos a besarnos. A mí me daba mucha pena tener que marcharme. Me gustaba la gatita rusa. Me gustaba mucho. Lo único que lamenté fue el haberle proporcionado mi nombre real y mi profesión.

Abandoné la habitación y al pasar por la barra me crucé con las dos fulanas raquíticas. Habían abandonado sus teléfonos móviles y en su lugar arrastraban a dos tipos a las habitaciones. Ninguno de los dos me miró, porque en estos sitios todo el mundo se cuida de evitar el contacto visual, como si no fuesen conscientes de la presencia de los otros clientes.

Salí a la calle y me puse a reflexionar. Tenía que encontrar a Leo antes de que lo hiciera la Policía. Claro que yo no tenía ni la más remota idea de dónde podía encontrarlo. Y en eso estaba cuando Cerebritito me abordó.

—¿Qué coño haces tú aquí? ¿Es que me vas siguiendo?

—¿Y por qué no? Estás necesitado de información, y yo trabajo con información.

En eso tenía razón.

—De acuerdo —dije—. ¿Sabes dónde puedo encontrar a un tipo llamado Leo?

—Leo qué más.

—No lo sé. Pero sé que estaba liado con Valentina y que se pasó una temporada en la cárcel por un asunto de chantaje.

Empezó a manipular la monedita con los dedos mientras trataba de rescatar la información del fondo de su mente. Finalmente dijo:

—Sí, creo que tengo a tu hombre. Pero te costará caro.

—¿Cuánto?

—Doscientos.

Suspiré. Por qué seguía siendo un soplón a pesar de tener tres carreras había dejado de resultar un misterio para mí.

—Mira, Celebrito, me están empezando a sudar las pelotas, y eso no te conviene. Suelta la información de una puta vez y dejémonos de tonterías.

—¿Me darás los doscientos si te doy la información?

—Te daré un puñetazo si no lo haces.

—Lo siento, pero sin la pasta por delante no...

Le arree con todas mis fuerzas en la boca del estómago y se dobló como un acordeón. Sí, lo sé, a veces soy un poco impulsivo. Pero una cosa es que fuera bien de pasta y otra que me tomaran por gilipollas.

—Joder, Folgado, no era necesario que me pegaras —protestó Cerebrito cuando recobró el aliento. Después sacó el bloc de notas y anotó una dirección—. Prueba aquí. Su nombre es Leonardo Saloni. No conozco el número de la puerta, pero el edificio es este. Seguro.

Le arranqué el papelito de la mano y salí disparado hacia el Porsche. La idea seguía en mi cabeza: apuntar y disparar.

Me salté todos los semáforos, así como todos los pasos de cebra que se cruzaron en mi camino, dando por sentado el instinto de supervivencia de los peatones.

Enseguida me encontré delante del edificio donde se suponía que vivía el tal Leo. No estaba nada mal: jardín exterior, balcones acristalados, portero automático y hasta conserje.

—¿A dónde va? —me preguntó éste último.

Le dije que venía a ver al señor Leonardo Saloni.

—Lo siento, señor. Pero el señor Saloni no tenía buen aspecto cuando lo vi esta mañana y no creo que desee ser molestado.

—Subiré a verlo de todas formas —dije, y eché a andar camino del ascensor. Al conserje no le gustó que tomara decisiones por mí mismo y trató de enredarme, así que le enseñé la acreditación. Dijo que esa acreditación no tenía ninguna validez en su edificio, así que me abrí la chaqueta, le enseñé la Llama Parabellum calibre 45 y le pregunté si le parecía que aquello tenía suficiente validez.

—Tercer piso, señor. Puerta doce.

Subí por las escaleras a toda prisa y cuando llegué el corazón me latía apresuradamente. Estaba a punto de enfrentarme al sospechoso número uno del asesinato de Valentina. Pulsé el timbre y mientras esperaba cerré la mano derecha y levanté el

puño por encima de la cabeza, aguardando el momento oportuno.

Oí un movimiento en el interior, y a continuación la puerta se abrió, dando paso a un tipo alto, flaco y con el pelo escaso y aplastado.

—¿Qué...?

Le arree un puñetazo bestial en el hocico. El tipo cayó de espaldas y gritó de dolor, y al hacerlo burbujas rojas brotaron del interior de su boca. A continuación avancé dos pasos, lo arrinconé contra la pared y empecé a soltarle tortazos hasta que me cansé. Después lo agarré del cuello y le pregunté si estaba dispuesto a confesar el asesinato. Trató de decir algo, pero se atragantó con su propia sangre. Finalmente me pareció entender que si quería dinero no lo tenía, que se le había acabado el paro y que estaban a punto de desahuciarle.

—No quiero tu dinero, Saloni. Quiero que confieses.

Dijo que no se llamaba Saloni, sino Rodríguez.

—Claro, payaso, por eso vives en su apartamento.

—No soy Saloni —repitió cagado de miedo—. Saloni vive en la puerta de al lado.

Me puse en pie, salí al pasillo y miré el número sobre la puerta: once.

¿En qué puerta me había dicho el conserje que vivía Saloni?

Para que no corriera a la Policía en cuanto saliese del apartamento le entregué una tarjeta que llevaba en la cartera y me ofrecí a cubrir los gastos de un dentista en caso de que las lesiones requiriesen cirugía. El hombre miró la tarjeta, que decía: *“Ibrahima vidente y curandero africano. Amor, mal de ojo, impotencia sexual. Resultados garantizados en siete días”*. No pareció muy satisfecho, pero tardaría por lo menos cinco minutos en comprender que la tarjeta no le conduciría hasta mí, que era más de lo que yo necesitaba para encontrar a Saloni, arrancarle el brazo y golpearle con él hasta matarlo.

Salí del apartamento, cerré la puerta a mi espalda, llamé a la puerta de al lado y esperé a Saloni. Cuando por fin la puerta se abrió me encontré frente a un tipo rubio y alto, con planta de boxeador retirado, a juzgar por su nariz aplastada. Por no mencionar su espalda, tan ancha como el portón de un garaje, y su cabeza, cuadrada y enorme, sin ninguna señal de cuello. Debía pesar no menos de cien kilos, así a ojo.

—¿Qué quiere? —rugió.

—¿Es usted Leonardo Saloni? —Esta vez preferí cerciorarme.

—Sí, ¿y qué?

—Usted era el amiguito de Valentina Lima.

Me miró como si se acabara de enterar que tenía cáncer de polla.

—¡Eh, espere! ¿Quién le ha dicho eso?

—Eso no le importa. ¿Lo era?

Se puso rojo de ira.

—¡Se lo dijo esa zorra que vimos en el centro comercial! — exclamó—. ¡Siendo una fulana debí suponer que iría por ahí contándolo a todos sus clientes! ¡La mataré!

—Eso lo dudo —dije, y le arreé un fenomenal puñetazo en la boca del estómago que debería haberle hecho tirar la papilla. Pero en lugar de eso mi puño retrocedió hacia atrás violentamente, como si lo acabara de golpear contra la rueda de un camión. Debí suponerlo. Era duro. Muy duro. Supe en ese instante que a lo único que podía derrotarlo era al juego de la oca.

Un segundo después enroscó el puño y lo estrelló contra mi boca antes de que tuviera tiempo de agacharme. Caí al suelo de espaldas y, al tratar de incorporarme, sentí algo flojo en la boca y escupí un diente.

Llegados a este punto lo más sensato hubiera sido tirar de pistola, pero hasta eso me salió mal. En cuanto metí la mano en la sobaquera me enganchó de la camisa, me levantó con facilidad pasmosa y me lanzó escaleras abajo como si fuera una muñeca hinchable. Diecisiete escalones más abajo intenté incorporarme, pero los golpes empezaron a lloverme como granizo en primavera.

Me dio tal paliza que cuando me encontraron me confundieron

con restos de comida.

O eso al menos es lo que me dijo Honoria cuando, media hora después, abrí los ojos y lo vi acucillado a mi lado, junto con tres de sus perros.

—¿Qué coño ha pasado, Folgado?

—Un camión hormigonera —expliqué frotándome un tomate que me había salido en la frente—. Eso es lo que me ha pasado... por encima. Por cierto, ¿qué haces tú aquí?

—Recibimos una llamada anónima denunciando la presencia de un tipo muy peligroso en el edificio.

—Pues llegas tarde —dije—. Seguro que ha escapado.

—Yo me refería a ti, imbécil. Te advertí que no te saltaras las normas. ¿Te lo has cargado tú?

Rápidamente me puse en guardia.

—¡Eh, espera! ¿Cargarme a quién?

Me puse en pie con la ayuda del policía y juntos subimos las escaleras. Leo Saloni yacía tendido en el suelo con una mancha muy fea en la camisa. Me acerqué y le tomé el pulso, aunque era evidente que estaba más muerto que los pantalones de campana.

—Yo no he sido —dije—. Ha debido ser el asesino de Valentina.

—Claro, payaso —dijo—. La cuestión es, ¿quién es el

asesino de Valentina?

—Te vas a reír, pero yo estaba convencido de que era este tipo. Se llamaba Leonardo Saloni, había estado en el trullo por chantaje y estaba liado con Valentina. Pero se ve que estaba equivocado.

—Para variar.

—Sin embargo —continué—, si Valentina y este tipo estaban liados, lo más seguro es que el asesino actuara por celos. ¿No crees?

—No sospecharás de Roselló.

—¿Y por qué no? Sabía que Valentina se acostaba con otros hombres, se enteró de que Leo era su amante, averiguó dónde vivía y lo asesinó. ¿Qué te parece?

—No sé, tengo mis dudas...

—Escucha, mono sin cerebro, podemos ir a su apartamento ahora mismo y averiguar si puede presentar una coartada sólida para este fiambre. Para entonces quizás también tengamos el informe del forense, quien nos dirá si a Valentina se la cargaron antes o después de que Roselló abandonara el apartamento. ¿Qué dices?

Se tomó su tiempo para pensar, pero al final le empezó a entrar oxígeno al cerebro y comprendió que era lo más sensato.

Bajamos las escaleras a toda prisa y cogimos mi coche para ir más rápido. Me sentía más dolorido que nunca, pero cuanto más pisaba el pedal mejor me encontraba. El olor a goma chamuscada entraba por la ventanilla y me llenaba los pulmones de adrenalina.

Metros antes de llegar tuve que hacer una maniobra a vida o muerte, metiendo el coche entre un autobús de la EMT y una furgoneta de reparto a la que esquivé por pocos centímetros. Después frené en seco junto al bordillo, y para cuando Honoria terminó de echar la papilla sobre el asfalto yo me encontraba ya subiendo las escaleras de dos en dos.

Eché la puerta abajo de una patada, corrí al salón pistola en mano y sorprendí a Roselló hablando por teléfono.

—Suelte eso —le advertí seriamente apuntándole con mi 45— y deje de fingir. Acaba de matar a Leo Saloni, el amante de Valentina, y en cuanto me ha oído entrar ha descolgado el teléfono para fabricarse una coartada. Sin embargo los dos sabemos que al otro lado de la línea no hay nadie.

—¿De qué está usted hablando? ¿Y quién le ha dado permiso para entrar así en mi casa? ¡Voy a llamar a la Policía ahora mismo!

Sonreí.

—No será necesario —dije—. Aquí llega.

En ese momento apareció Honoria.

—¿Qué está pasando aquí? —jadeó.

—He sorprendido a Roselló con el teléfono en la mano. Pretendía hacerme creer que mantenía una conversación mientras Saloni era asesinado.

—¿Me permite el teléfono, señor Roselló?

—Haga lo que quiera —dijo—, pero les voy a denunciar a los dos.

Honorio caminó hasta el apoderado y tomó el teléfono.

—¿Oiga? Soy policía. ¿Puede identificarse?

Vale, me había equivocado. Roselló mantenía realmente una conversación telefónica. Aunque lo más probable es que se tratara de alguien de su confianza dispuesto a declarar lo que Roselló le ordenase.

Mientras Honorio averiguaba la identidad del individuo al otro lado de la línea, saqué un Lucky y me lo enchufé en los morros. Dos minutos después Honorio colgó el aparato y me habló seriamente.

—Era el forense —dijo—. Telefoneó personalmente al señor Roselló hace quince minutos para informarle de todos los detalles. Valentina fue asesinada después de las nueve, más de una hora después de que Roselló abandonase la casa. Es completamente inocente.

Suspiré. Para ser sincero aquel asunto me tenía muy confundido.

—Señor Roselló —dijo Honoria—, espero que sepa disculparnos. El señor Folgado ha cometido un error y me temo que me he dejado arrastrar por él.

—Eso cuénteselo a mi abogado —amenazó—. Él les meterá en cintura.

Mientras el policía intentaba calmar a Roselló, empecé a repensar el caso otra vez desde el principio. Y el principio no era otro que el salón donde nos encontrábamos. Aquí mismo, detrás de la mesa de billar, Valentina había encontrado la muerte hacía tan solo unas pocas horas.

—Señor Roselló —insistió Honoria—, le suplico que olvide este desgraciado incidente. Le prometo que estoy haciendo todo lo posible por encontrar al asesino de Valentina.

—No podrá hacer mucho cuando le retiren la placa.

Inhalé profundamente mi cigarrillo y luego lancé un anillo de humo hacia el techo y le pasé el dedo por el medio mientras pensaba. Y entonces la solución me asaltó de repente.

Me volví hacia los dos hombres.

—¿Por qué no cierran el pico un segundo y escuchan lo que tengo que decir?

Los dos me miraron con ojos inyectados en ira.

—¿Qué coño pasa esta vez, Folgado?

—Que acabo de darme cuenta de que esta mañana pasamos por alto un detalle crucial.

—¡Claro, señor Folgado! —exclamó Roselló haciendo palmas—. ¡Y ahora nos dirá quién es el asesino! ¿Me equivoco?

Sonreí.

—Bueno, eso está medianamente claro —dije—. Ya han visto la disposición del salón, con la gran mesa de billar en medio. Y el cadáver de Valentina apareció detrás de la mesa, ¿no?

—Sí, ¿y qué?

—Pues que la primera vez que vine, tuve que rodear la mesa para poder ver el cuerpo. Es decir, el cadáver no era visible desde la puerta del salón.

—No lo pillo —insistió Honoria.

Suspiré.

—Pues muy fácil. Que si no era visible desde la puerta, es imposible que Van Dick supiera que detrás de la mesa se encontraba el cadáver de Valentina..., a no ser que fuera el asesino.

Se produjo un silencio espeso. Mientras, la idea se instaló lentamente en sus cabezas.

—Tiene sentido —admitió Roselló.

—Es verdad —asintió Honoria—. Pero, ¿por qué lo hizo?

Me encogí de hombros.

—¿Y cómo quieres que lo sepa? Valentina despertaba extrañas obsesiones en los hombres. Recuerden que fue la única mujer con la que fui sincero en toda mi vida. Y eso, tratándose de mí, es decir mucho. Probablemente estaba enamorado de Valentina, y al averiguar que ella amaba a Saloni perdió la cabeza. O quizá Valentina y Saloni le tendieron una trampa para chantajearle. Si lograban una suma importante de dinero Valentina podría abandonar a Roselló y empezar de cero junto a Saloni sin renunciar al estilo de vida que llevaba. ¿Quién sabe? De cualquier modo le haremos la prueba de la parafina y demostraremos que lo hizo. Y entonces será el momento de ajustar cuentas con él.

En ese momento alguien rio a nuestra espalda y los tres nos dimos la vuelta. Iba vestido de negro. Desde las zapatillas hasta el jersey. Incluso los guantes eran negros. Todo era negro menos una cosa: la pistola plateada con silenciador con la que nos apuntaba.

—Muy listo —dijo Van Dick—. Pero la única prueba que se va a hacer hoy aquí será la autopsia que el forense les practique a todos ustedes.

Rápidamente calculé la distancia que nos separaba, con intención de realizar un salto y un golpe, todo en un único

movimiento. Pero Van Dick debía de tener poderes telepáticos, porque un segundo antes de ejecutar mi plan giró el arma en mi dirección y apretó el gatillo dos veces.

Una bala abrió un boquete en la pared a mi espalda, y seguidamente sentí un mordisco feroz en mi mano derecha justo cuando rodaba por el suelo poniendo mi cabeza a buen recaudo lejos de la línea de fuego.

Creyéndome fuera de combate, Van Dick se centró en Honoria, quien encontró protección detrás de un sillón. El fogonazo de uno de los disparos prendió fuego al tapizado.

Como ignoraba el alcance de la herida, empuñé la 45 con la izquierda y encañoné al asesino de Valentina. Yo no era zurdo, pero me había acostumbrado a usar la izquierda después de que tres machacas me rompieran los dedos de la mano derecha en un casino clandestino por hacer trampas durante una partida de poker.

Presioné el gatillo. Un rugido ronco de plomo atravesó el aire, y a continuación Van Dick hizo un movimiento instintivo con las manos, tratando de detener la bala. Pero no le sirvió de mucho. La parte posterior de su cabeza estalló como un hongo rojo y a continuación su cuerpo se desplomó como una marioneta a la que hubieran cortado de pronto los hilos.

Me incorporé despacio y examiné mi mano herida. Tenía una

quemadura muy fea en el índice, y no había rastro de la uña. Pero por lo demás estaba de una sola pieza.

—¿Están todos bien? —preguntó Honoria tratando de sofocar el pequeño incendio.

—Creo que sí —indicó Roselló asomando la cabeza de detrás de un florero.

—Pues a mí se me ha roto una uña —señalé tranquilamente.

A continuación saqué otro Lucky, me di unos golpecillos con él en el dorso de la mano antes de ponérmelo en los morros. Mientras, Roselló atravesó el salón y se plantó frente al cuerpo sin vida de Van Dick.

—¿Está muerto? —preguntó.

Yo prendí el cigarrillo con el Flammarion y chupé tranquilamente el humo celebrando la venganza consumada.

—Como un huevo frito —dije.

Dos semanas después yo me encontraba con Natacha en la playa. Delante de nosotros, la luna llena casi rozaba el agua.

—¿Y qué pasó luego de la muerte de Van Dick? —inquirió la rusa.

—La Policía encontró una nota plegada en un bolsillo de su camisa. En ella alguien exigía al holandés una cantidad

considerable de dinero o de lo contrario su mujer lo sabría todo. Además se encontró una fotografía de Van Dick junto a Valentina. La fotografía era bastante profesional, y mostraba a la pareja de amantes a la salida de un hotel en actitud muy cariñosa.

—Así que Valentina y Van Dick estaban liados —dedujo.

—Sí, aunque Valentina no le amaba —apunté—. A quien amaba realmente era a Saloni. Ella deseaba abandonar a Roselló, pero temía quedarse sin nada si lo hacía. Así que decidió engatusar a Van Dick para chantajearle después. Si Van Dick accedía a pagar, Valentina y Saloni podían empezar otra vida en otra parte.

—Sin duda la idea debió ser de Saloni —observó contemplando el oleaje.

—Seguro —dije—. Era un chantajista profesional.

—Pero... —objetó—, ¿y la nota que se encontró en el bolso de Valentina?

—Solo una pista falsa para hacernos creer que Saloni era el asesino. Así mataba dos pájaros de un tiro. Solo que después Van Dick debió de temer que Saloni fuera detenido y largara a la Policía el asunto del chantaje, y decidió liquidarlo también.

—Pobre señor Roselló —reflexionó en voz alta—. Ha debido de pasarlo mal. ¿Cómo se encuentra?

—Sigue frustrado —dije, y sonreí. Puede que al final Roselló no

hubiese resultado el asesino de Valentina, pero de cualquier forma su frustración me resultaba divertida.

—Oh, Vicente —exclamó besando mi dedo herido—. Podría haberte pasado algo horrible.

—Todos los casos que acepto entrañan un peligro u otro —dije por decir algo.

—Dijiste que no hacías esto por dinero.

—Y es verdad. Lo he hecho para vengar la muerte de la única mujer con la que fui sincero en todo momento.

—Creí que también eras sincero conmigo.

—Oh, sí, contigo también, nena. ¿Acaso no te dije que te llevaría a la playa? ¿No te lo prometí?

—Es verdad. Bésame, Vicente.

La estreché contra mi pecho y apreté mis labios contra los suyos, recorriendo su espalda con los dedos, bajando hasta la cintura y, después, las nalgas y los muslos.

Pablo Hernández Pérez (Valencia, 1978), cursó estudios en el Gremio Patronal de Joyeros de Valencia. Fue probablemente su relación con el mundo del oro y los diamantes lo que le llevó a fantasear primero y a escribir después sus primeros relatos de género negro. En 2012 su relato El hombre más fuerte del mundo resultó ganador en el II certamen de relatos brevísimos Mimosa: Homenaje a la Novela Negra. Desde entonces trabaja en una serie de relatos protagonizados por Vicente Folgado, un detective privado que haría sonrojar de vergüenza a sus compañeros de profesión por tener que admitir que se dedican al mismo oficio.